

en la fuerza de sus argumentos. El pueblo, agolpado en el atrio de la basilica y en las calles inmediatas, guardaba un profundo silencio; pero la inquietud estaba pintada en el móvil semblante de aquellos griegos, cuyas bellas y expresivas facciones revelan tan bien las impresiones del alma. Al fin sale del templo un obispo, y anuncia á la multitud silenciosa y absorta que el concilio ha fulminado el anatema contra el novador, y que la Virgen santísima conserva gloriosamente su augusta prerogativa de Madre de Dios. Entonces la muchedumbre prorrumpe en clamores y demostraciones de alegría: los efesios y los extranjeros venidos de todas las ciudades del Asia rodean á los Padres del concilio, besan sus manos y sus vestidos, y perfuman con drogas aromáticas las calles por donde debian pasar. La ciudad se ilumina espontáneamente: nunca se vió alegría mas verdadera y universal. Créese que en este concilio de Éfeso fué donde san Cirilo, de acuerdo con la santa asamblea que presidia, redujo á la forma actual la última parte de la Salutacion angélica: *Santa María, Madre de Dios*, etc. ¹.

María tiene en particular estima la Salutacion angélica, porque le recuerda la alegría que experimentó cuando el ángel Gabriel le anunció que seria Madre de Dios, y por lo tanto debemos dirigirla con frecuencia. El que salute á María, será tambien saludado por ella, y el saludo de María será siempre señal de alguna gracia. La Madre de Dios no puede negar nada al que la invoca con las palabras del *Ave María* ².

La práctica de la devocion del *Ave María* consiste:

1.º En rezar todos los dias al levantarse y al acostarse tres *Ave Marias* con el rostro pegado al suelo, ó á lo menos de rodillas, diciendo, despues de cada una, esta breve oracion: *¡Oh María, por vuestra pura é inmaculada Concepcion, purificad mi corazon y mis sentidos!* Luego se pedirá la bendiccion de María, como la de una madre, cual lo hacia san Estanislao de Kotska, poniéndose especialmente bajo su proteccion, para que nos guarde de todo pecado durante aquel dia ó aquella noche. Para esto convendrá tener junto á la cama una imágen de nuestra Señora.

¹ Véase lo que dijimos al explicar el *Ave María*, en el t. III, leccion XXXI: Baron. año 431.

² Si quis veniat ad Matrem Domini, dicens: *Ave, Maria*, numquid poterit ei gratiam denegare? (Ricard. art. *Virtus*).

2.º En rezar el *Angelus* por la mañana, al mediodía, y por la noche. Esta tierna y piadosa costumbre se debe al papa Urbano II, quien, en el concilio de Clermont, que se celebró el año 1095, con el principal objeto de atraer la proteccion de María sobre las Cruzadas, dispuso que se tocaran todos los dias las campanas por la mañana, á mediodía y por la tarde, rezándose cada vez la Salutacion angélica. Pasaron ya aquellas guerras santas; mas, como la vida de toda la Iglesia y la de cada cristiano es una continua cruzada, siempre subsiste la misma razon para rezar el *Angelus*. Los papas Juan XXII, Calixto III, Paulo III, Clemente X y Benedicto XIII recomendaron muy particularmente esta práctica, y concedieron numerosas indulgencias á los fieles que la observasen. En otro tiempo, al dar la primera campanada, todos los fieles se arrodillaban y rezaban el *Angelus*; pero hoy á tal punto se ha enfriado la fe, que la mayor parte de los cristianos se avergonzarian de saludar de este modo á su Madre. ¡Honor á aquellos que han permanecido fieles á esta piadosa costumbre! ¡honor á ellos, sí, pues que ningun hijo puede deshonorarse honrando á su madre! ¡Loor á san Carlos Borromeo, restaurador de las antiguas piadosas usanzas, el cual, príncipe del mundo y de la Iglesia como era, no se avergonzaba de apearse del coche ó del caballo y cumplir en medio de la calle esta santa práctica! Durante el tiempo pascual, en vez del *Angelus* se reza la antífona *Regina cæli*; y en lo restante del año, desde la hora de Vísperas del sábado hasta el domingo por la noche, se reza el *Angelus* de pié, en memoria de la resurreccion de nuestro Señor.

Hemos dicho que la exaltacion de María llegó á ser la gloria y la salvaguardia de la mujer. Para que las personas de este sexo sepan lo que serian aun, si Dios no las hubiese ensalzado en la persona de María, vamos á decirles lo que son donde quiera que el Cristianismo no ha introducido el culto protector de la nueva Eva: un solo ejemplo bastará por todos.

V. Historia: *Una suttee* ¹ en Benarés.— Resulta de los últimos informes que se han dado á la cámara de los Comunes de Inglaterra, que la horrorosa costumbre introducida en algunos pueblos de la India, de quemar á las viudas con los cadáveres de sus maridos, se conserva todavia en todo su vigor. En los cuatro años de 1835 á 1838 ascendió á *dos mil seiscientas y diez* el número de mujeres que pere-

¹ Véase la nota de la pág. 105.

cieron víctimas de esa bárbara superstición en la sola India inglesa.

En vista de tales hechos, ocurre preguntar, ¿cómo es posible que en un país sometido de más de un siglo á esta parte á la dominación de un pueblo civilizado, se toleren tan abominables excesos? Sin embargo, la respuesta es muy fácil: los ingleses, bastante poderosos para sojuzgar á una población de sesenta millones de almas, no tienen suficiente poder para destruir una preocupación religiosa. Para esto no hay otras armas que las de la persuasión, y la herejía no sabe persuadir; porque ella no ha recibido la palabra de vida, la palabra que civiliza los pueblos: no se ha dicho á ella: Vé, y enseña á todas las naciones. Así es que habrán de pasar muchos años antes que el Protestantismo anglicano llegue á destruir la influencia que los bramines ejercen sobre los indios.

Esos druidas del Indostan, dice el doctor Gilchrist, bajo una apariencia de bondad y humildad ocultan la ferocidad del tigre. La siguiente relación del último sacrificio de esta especie, que extractamos del informe de sir W.-C. Mallet, miembro de la Compañía de la India, residente en Poona, es notable por los pormenores que contiene acerca de aquel suceso y de los que ocurrieron á consecuencia del mismo: «Una joven llamada Poolesbay se casó con un hombre distinguido de Poona, que murió cinco años después de su enlace. En cuanto se divulgó el fallecimiento del marido, la viuda, que rayaba en los diez y nueve años, vióse rodeada de bramines que la instaban á que siguiese la costumbre establecida, amenazándola en caso contrario con que sería infamada en este mundo, y castigada eternamente en el otro. En vano su hermano, que la amaba entrañablemente, y que con el trato de los europeos había adquirido ideas más humanas, en vano, decimos, pugnaba por librarla de tan terrible suplicio. Sometida enteramente á la influencia de los bramines y subyugada por los supersticiosos temores que preocupaban su espíritu, consintió en entregarse á las llamas, diciendo: «Mas vale arder por espacio de una hora que por toda la eternidad.»

«Fijóse para el sacrificio el día siguiente á las cinco de la tarde. Á esta hora, una comitiva inmensa, compuesta de bramines, de la guardia del gobernador y de una considerable multitud, dirigióse á la casa de la viuda, la que en breve salió acompañada de sus parientes. Era de mediana estatura, pero sus bellas formas y la noble expresión de su fisonomía le daban un aire de dignidad que

«realzaba aun más la solemnidad de las circunstancias. Sus cabellos sueltos estaban adornados con flores, y sus ojos, elevados al cielo, parecían absortos en la contemplación de la eternidad.

«Atravesó la ciudad arrojando á su paso multitud de hojas de goolod y de betel. Cuando llegó á la orilla del Mootah, río que pasa cerca de la ciudad, hizo en él las últimas abluciones y se sentó en la ribera. Cubriéronla con un parasol para librarla de los rayos solares, mientras que una de sus compañeras la abanicaba con un pañuelo de seda. Estaba rodeada de sus parientes, de algunos amigos y de los principales bramines, á quienes distribuyó dos mil rupias y las preciosas joyas que la adornaban, conservando tan solo las más usuales, es decir, un anillo pendiente de la nariz y un brazaletes de oro en cada muñeca. Hecha esta distribución, púsose en actitud de orar, con las manos juntas y levantadas encima de la cabeza, en tanto que cerca de allí, á distancia de unas cien toesas, estaban preparando la hoguera que debía consumirla.

«El fúnebre aparato se componía de cuatro grandes maderos de diez pies de alto, clavados en el suelo de modo que formaban un cuadro de nueve pies de largo por seis de ancho; en la extremidad superior de los maderos había un techo de tablones atado con cuerdas y cargado de gran cantidad de leña, y encima de todo había otro montón de leña, alto de cuatro pies, cubierto con paja y ramas secas de un arbusto oloroso. De los cuatro lados del cuadro, tres se taparon con los mismos materiales, el cuarto se dejó abierto para dar paso á la víctima.

«Terminados estos preparativos, Poolesbay se adelantó seguida de sus amigas, y á pocos pasos se detuvo, repitió los actos de devoción, y se apartó un poco hacia un lado para dar paso al cadáver de su marido. Luego trajeron éste de la orilla del río donde lo habían depositado, y lo pusieron sobre la pira con una gran cantidad de dulces, confituras secas y un talego de papel lleno de aserraduras de sándalo. Entonces la viuda dió tres vueltas al rededor de la hoguera, y colocándose sobre una piedra de forma cuadrada que se emplea siempre en semejantes casos y en la cual estaba groseramente marcada la forma de los pies, se despidió por última vez de todas sus amigas, pasó cariñosamente la mano derecha por encima de la cabeza de las que más amaba, y luego, inclinando el cuerpo, las abrazó tiernamente y se dirigió hacia la fatal hoguera.

«Al entrar, paróse un momento, como si el amor á la vida la hiciese vacilar, pero el fanatismo la arrastró. Subió con paso firme y aseguro las gradas de la hoguera, tendióse junto al cuerpo de su marido, é inmediatamente ocultóse á la vista de los espectadores detrás de la paja que amontonaron para tapar la entrada, y á la que en seguida prendieron fuego.

«Al cabo de pocos instantes, la desventurada Poolesbay dió un terrible grito. Tan pronto como la alcanzaron las llamas, el dolor hizo desaparecer el valor facticio que hasta entonces la habia sostenido. Impelida por el sentimiento de conservacion que se despertó entonces con toda su fuerza, se abalanzó á la débil barrera, ya medio consumida, abrióse paso, y corrió hácia el rio como á un refugio inaccesible al terrible elemento que parecia perseguirla; pero la desdichada no debia librarse de la muerte que le estaba reservada y que habia aceptado voluntariamente. Los sacerdotes corrieron en pos de Poolesbay, y no tardaron en alcanzarla. Entonces se trabó una lucha horrorosa entre los bramines que pugnaban por arrastrarla á la hoguera, y ella que, auxiliada por su hermano, oponia á sus esfuerzos una resistencia desesperada. La pobre victima daba angustiosos gritos é imploraba el auxilio de la multitud contenida por la guardia del gobernador; pero su voz fué ahogada por el ruido de los clarines que á una señal dada sonaron todos á la vez.

«Al fin, rendida por tantos esfuerzos, perdió el conocimiento, en cuyo estado se la condujo nuevamente á la hoguera. Entonces todos los espectadores de aquella trágica escena se reunieron para apresurar su conclusion: los unos cortaron á hachazos las cuerdas que sostenian el tablado superior; los otros llevaban á porfia godol y ramas secas para alimentar la hoguera, mientras que millares de manos provistas de antorchas atizaban el fuego por todos lados. Entre tanto el hermano de la victima, separado á viva fuerza de aquel lugar, en medio de su desesperacion proferia terribles amenazas de venganza contra los verdugos de su hermana.

«Poco tiempo despues el estruendo del cañon y el sonido de los clarines anunciaron á los habitantes de Benarés la proximidad de una gran fiesta religiosa. Las calles de la ciudad estaban cubiertas de flores y el pueblo acudia en tropel al templo de Brahma. La procesion del Juggernaut, que iba á celebrarse en Benarés, habia atraído al recinto de la ciudad, no solo á los moradores de los contornos, sino tambien á un gran número de fanáticos que desde los úl-

«timos confines del Indostan acudian en busca de una muerte santa y gloriosa á los ojos de su ídolo.

«Á la hora fijada abriéronse las puertas del templo para dar paso á la comitiva. Rodeado de todo el esplendor de la pompa oriental y circuido de cierto número de bramines, salió un enorme carro tirado por elefantes, sobre el cual estaba colocada una colosal estatua de bronce cubierta de piedras preciosas. Iban delante multitud de jóvenes doncellas, unas esparciendo flores por el suelo, y otras formando animadas y voluptuosas danzas. El suntuoso aparato del carro, la animacion y voluptuosidad del baile, el sonido penetrante del clarin y el suave olor de los perfumes que se quemaban en honor de la divinidad, excitaban hasta lo sumo el entusiasmo de la multitud, que prorumpia en frenéticos gritos y aplaudia estrepitosamente el celo religioso de los alfaquíes. ¡Brahma! ¡Brahma! clamaban, y todos á porfia se disputaban la gloria de morir por sus dios, tendiéndose en el suelo delante del carro que al pasar los aplastaba con su peso. ¡Poolesbay! ¡Poolesbay! gritó de súbito un joven, que saliendo de entre lá apiñada multitud se abalanzó á uno de los bramines que habia presidido el suplicio de su hermana, lo cogió en brazos, y lo arrojó debajo de las ensangrentadas ruedas del carro.

«La accion fué tan impensada y rápida, que en vano se hubiera procurado evitarla; y el agresor se hubiese evadido fácilmente en medio de la general estupefaccion, á no haber sido otro su propósito; pero no pensando mas que en el placer de saborear su venganza, permaneció inmóvil contemplando con delicia el cuerpo mutilado de su victima. El pueblo, apenas se recobró de su estupor, echóse encima del joven con animo de inmolarse allí mismo para aplacar la cólera del ídolo; pero los bramines acudieron al momento, y haciendo adelantar algunos soldados de la guardia, les entregaron el culpable, despues de lo cual la procesion volvió á entrar en el templo.

«Los bramines, al arrancar de las manos del pueblo al hermano de Poolesbay, no obraron por sentimiento alguno de compasion, ni por miras de justicia, sino con la idea de reservarse para sí solos el castigo del delincuente. Querian que el rigor del suplicio fuese proporcionado á la enormidad del crimen, á fin de herir vivamente la imaginacion de los pueblos, y de hacerles temblar al solo recuerdo de la expiacion de un atentado sacrilego de que no habia me-

«moría en los anales del Indostan. Reunióse el colegio de los bra-
«mines, y deliberó largamente acerca de la especie de castigo que
«debería imponerse al hermano de Poolesbay. Por fin, despues de
«haber consultado los documentos antiguos y evocado todos los re-
«cuerdos, adóptose el suplicio del emparedamiento.

«En consecuencia, condújose al jóven á una gran llanura inme-
«diata á la ciudad. Puesto allí de pié, levantaron á su alrededor una
«pared que encajonaba todo su cuerpo hasta el cuello, de suerte que
«su cabeza enteramente desnuda recibía sin el menor amparo los ra-
«yos de un sol abrasador, en cuyo estado se le dejó esperando á que
«la muerte pusiera fin á sus horribles tormentos. Al cabo de algunos
«días, los buitres de las montañas acudieron al lugar del suplicio,
«rompieron á picotazos el cráneo del condenado, y le arrancaron el
«cerebro, los ojos y toda la carne de la cabeza, de manera que cuan-
«do los curiosos fueron á visitar el monumento expiatorio, ya no en-
«contraron mas que algunos restos ensangrentados ¹.»

¡Qué cadena de crímenes y atrocidades tan espantosa! ¡Qué ti-
rano tan bárbaro es el demonio! Ved cómo trata al hombre que cae
bajo su imperio. ¡Oh religion cristiana, bendita seas! ¡bendita seas
para siempre!

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy con todo mi cora-
zon por haber escogido á la Virgen santísima para madre de vuestro
Hijo; hacedme la gracia de que corresponda á mi vocacion, así co-
mo María correspondió á la suya.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo
como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor,
rezaré al dar cada hora el Ave María.

¹ El que desee mas pormenores, los hallará en la *Historia de la sociedad do-
méstica*, t. I, y t. IV del *Catecismo*.

LECCION XL.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Prácticas de devocion á María.—Sabiduría de la Iglesia.—Mes de María.—
Cofradía del Escapulario.—Rosario.

I. Razon general de las prácticas de devocion á María.—Esta
vida es un continuo combate. Esto, que es una verdad indudable con
respecto al hombre y á la sociedad, lo es sobre todo con respecto á
la Iglesia, que es la sociedad por excelencia. Durante esta batalla,
que empieza en el paraíso terrenal para no acabar hasta los umbra-
les de la Jerusalem celestial, Dios vela por la Iglesia su esposa y por
el hombre su hijo muy amado, y les da auxilios proporcionados á la
fuerza de los ataques, de manera que la victoria queda siempre á
favor de la Religion, es decir, á favor de la verdad y de la virtud.
Ya hemos visto como en cada siglo ha opuesto á la herejía el defen-
sor de la verdad, al escándalo la víctima expiatoria y el modelo de
las virtudes combatidas; en una palabra, le hemos visto dar para ca-
da mal un remedio proporcionado.

Pero entre todos los remedios hay uno superior, aplicable á todos
los males; entre los defensores de la verdad y de la virtud uno hay
que aventaja á todos los demás, y que, dispuesto siempre á pelear,
sale infaliblemente vencedor: este remedio, este defensor, es María;
María que quebrantó la cabeza de la antigua serpiente, María que
triunfó de todas las herejías y de todos los escándalos. Por esto la
Iglesia ha multiplicado hasta lo infinito los medios de invocar á Ma-
ría, y de obtener su asistencia.

En los primeros dias de su existencia, compone la Salutacion an-
gélica; mas adelante funda las Órdenes religiosas encargadas de orar
dia y noche para alcanzarnos las gracias y la proteccion de Aquella
á quien nunca se invocó en vano; en otros siglos tienen origen las
tan célebres y generales devociones del Rosario y del Escapulario.
Seria interminable tarea de enumerar todos los hechos con los cua-
les pudiera probarse que la Iglesia en sus peligros y tribulaciones